

Los toreros de invierno
(*El Liberal*, 9-11-1917)

Con este título ha publicado Antonio de Hoyos y Vinent un nuevo libro, para el que ha hecho el prólogo, del que van a continuación algunos fragmentos, Blasco Ibáñez:

«Porque hice *Sangre y arena*, el amigo Hoyos me pide un prólogo para *Los toreros de invierno*.

Ignora mi compañero de letras que yo, que escribí la novela del toreo, gusto muy poco de las corridas de toros y de las gentes que en ellas intervienen. No soy enemigo de la llamada fiesta nacional, por considerarla sanguinaria. Otros pueblos buscan su recreo en diversiones más bárbaras y mortales. El animal humano necesita de vez en cuando despojarse de las vestiduras que le ha puesto encima la civilización. Quiere volver a sus orígenes, dándose un baño de sangre y bestialidad, y es inútil oponerse a esta regresión atávica.

La alegría de las corridas de toros es un prejuicio nacional. Nos enseñaron de pequeños que son muy divertidas, y lo repetimos como una verdad indiscutible, para que lo repitan luego nuestros hijos. Ningún español ha podido formarse un concepto propio y racional de esta fiesta. Muy pocos recuerdan cuándo vieron la primera corrida. Nos llevan a los toros muchas veces antes de saber hablar. Luego, la parodia de esta diversión constituye uno de nuestros juegos infantiles. Total: que cuando empezamos a darnos cuenta de lo que nos rodea y a querer explicarnos sus causas y virtudes, el respeto al circo taurino y la fe en sus delicias, están ya anclados en nosotros, como algo anterior que escapa a todo racionamiento y toda crítica.

Pero hablemos del autor de *Los toreros de invierno*.

Yo admiro a Antonio de Hoyos por sus condiciones personales, además de apreciarle como uno de los novelistas españoles de más originalidad y más «europeos».

Nacido en una clase social que llaman elevada, porque sus individuos gozan de todas las comodidades de la riqueza, ha querido ser escritor, artista de la pluma y liberal de ideas (lo mismo que un pobre muchacho de provincias), cuando podía haber figurado en los clubs aristocráticos, ser un oráculo de las gentes moderadas y bien pensantes, y recibir honores de genio en cualquiera cofradía literaria de San Luis Gonzaga.

Muchos nobles españoles son excelentes anticuarios, autores de sesudas monografías, recopiladores de documentos históricos, poetas de aliento frío y corto, académicos solemnes y decorativos; pero artistas en toda la extensión de la palabra, escritores dignos del título de profesionales, yo solo conozco en la aristocracia moderna con quien parangonar al novelista Hoyos, al romántico y magnífico duque de Rivas.

Mi segundo motivo de admiración es que este artista literario, nacido en un ambiente desfavorable, y que ha sabido vencer sus letales influencias,

puede reproducir el mundo exterior de una manera tan justa, estando afligido como está por un terrible defecto físico.

Hay otra cosa aún: Hoyos carece de oídos y, sin embargo, sordo reproduce en sus libros las conversaciones de los otros seres, el modo especialísimo de expresar cada uno su pensamiento, como lo puede hacer el escritor más sutil, valiéndose de sus observaciones auriculares.

¡Cómo puede Hoyos, desde su profunda noche auricular, sin más auxilio que el de su vista, teniendo que pedir a sus interlocutores y amigos que le escriban las preguntas en un papel; cómo puede, repito, adivinar y reproducir estas manifestaciones de la vida hablada, que pasan entre sus oídos muertos, sin despertar eco alguno!...

Confieso que no me lo explico. Y por esto siento admiración y asombro, como ante todas las cosas que no se comprenden.

Sus condiciones de novelista son sobresalientes: su laboriosidad, infatigable; la fortuna de su nacimiento le libró de las preocupaciones materiales de la existencia.

Declaro mi admiración entusiasta por este compañero de letras, que, aprisionado injustamente en la lóbrega torre del silencio, se remonta con frecuencia a su cima, deja caer sobre el mundo un libro hermoso, y vuelve a desplomarse en la noche callada de su desgracia: una noche que durará siempre, que no puede tener aurora, y que él puebla con las ricas visiones de su producción artística admirable.

Vicente Blasco Ibáñez
París, septiembre 1917».